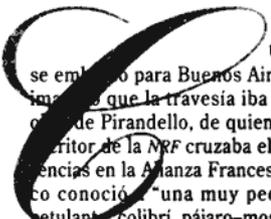


Consuelo Sunsín y Antoine de Saint-Exupéry

FABIENNE BRADU



CUANDO BENJAMIN Crémieux se embarcó para Buenos Aires, en el verano de 1930, no se imaginaba que la travesía iba a ser tan fantástica como una obra de Pirandello, de quien era el traductor al francés. El escritor de la NRF cruzaba el Atlántico para dar unas conferencias en la Amanza Francesa de Buenos Aires, y en el barco conoció “una muy pequeña mujer de pelo oscuro, petulante, colibrí, pájaro-mosca del cochero, muy joven viuda de un grafomano guatemalteco que había hecho fortuna en Argentina por sus amistades políticas”. Durante la travesía, Crémieux se dejó marear por las historias de la Scheherezada en busca de una pensión y, eventualmente, de un marido. “Realmente está poseída por un frenesí inventivo perfectamente barroco que encanta a unos, exaspera a otros, pero no deja a nadie indiferente”, recordaría Crémieux sin saber en qué categoría ubicarse. De todas formas, el mareo no debió haber sido tan desagradable porque, ya en la capital argentina, en una reunión organizada por Los Amigos del Arte, Crémieux presentó a Consuelo con Antoine de Saint-Exupéry, recomendándole vivamente que la siguiera en el vuelo de su imaginación fantástica.

Pero fue Saint-Exupéry quien, esa misma noche, se llevó al grupo de amigos a volar sobre Buenos Aires y el Río de la Plata. Aunque toda su vida afirmó que prefería a las mujeres altas y rubias, Saint-Exupéry se fascinó por esa mujer-colibrí que lo miraba como a un gigante que tuviera la cabeza en las nubes y, rara vez, los pies en la tierra. La sentó a su lado en la cabina del piloto para regalarle la noche oscura del mar a cambio de un beso:

- Déme un beso, dice el piloto.
- Está loco. En mi país, sólo se besa a la gente que uno quiere.
- Yo sé por qué no quiere usted besarme: soy demasiado feo.

Silencio.

—Entonces, si no quiere besarme, voy a clavarme en el Río de la Plata y nos ahogaremos todos.

Lo miré antes de contestar. Vi dos lágrimas en sus ojos brillantes. Entonces, precipitadamente, entre atemorizada y conmovida, deposité un beso tímido en la mejilla de mi piloto. Y añadí suavemente: usted no es feo.

El relato de ese *Vol de nuit* sentimental integró el repertorio de Consuelo, que lo volvió a narrar incansablemente hasta el final de sus días. Con tal cortejo aéreo, comenzó el acoso

de Saint-Exupéry a Consuelo: la quería para sí solo, de día y de noche, sin rivales amigos a su alrededor.

A partir de ese día —recuerda Consuelo—, Antoine fue para mí el más adorable caballero, pero también el más tiránico. Creo que me consideraba como su propiedad. En cuanto se aparecía, debía yo abandonar a todo el mundo para seguirlo, en avión, en coche, a un restaurante o un espectáculo.

Poco a poco, en ese Buenos Aires que detestó desde su arribo, el escritor fue construyendo, alrededor de Consuelo, un vacío que cimentaba en la dulce tiranía de su amor.

Saint-Ex, como todos lo llamaban, vivía en un departamento de la calle Florida que, contrariamente a lo que suele decirse, en nada le recordaba a París y que despreciaba, al igual que el resto de la ciudad y del país. No era tanto Argentina que lo tenía en ese continuo estado de querulancia como el trabajo burocrático de la Aeroposta Argentina, cuya dirección asumía desde octubre de 1929. Saint-Ex sólo era feliz volando, amando, escribiendo y haciendo trucos de magia con las barajas. La palabra “feliz” es más que nunca imprecisa para aplicarla a un hombre cuya melancolía fundamental proviene de su obsesión por el tiempo. Según su biógrafo Eric Deschodt, “sólo vive en el borde del remordimiento por lo que ya ha vivido, fascinado por lo efímero como si tuviera siglos y la memoria de un Dios”.

Tenía la estatura de un gigante y la cara de un niño: travieso si se reparaba en su nariz respingada o triste si uno se fija en sus ojos saltones, semiperdidos bajo el párpado y brillantes de lágrimas invisibles. Parecía que nunca iba a caber en los pequeños y frágiles *Laté* que piloteaba arriba del desierto, del mar o de los Andes, con una valentía y una distracción igualmente legendarias. Muchos de sus compañeros ignoraban su origen aristocrático, porque nada en su conducta ni en su temperamento traicionaba su título de conde, salvo, tal vez, cuando se ponía a cantar canciones heredadas de la nobleza de los Saint-Exupéry y de los Fonscolombe. Su gesta heroica al mando de los aviones de la Aeroposta ha dejado una imagen equivocada de su personalidad. Su valentía poco tenía que ver con un concepto viril, rudo o incluso machista, del hombre. Si bien su carrera lo hizo pasar por escuelas de disciplina militar, nunca rompió con el universo femenino de su infancia, animado por sus hermanas y su madre, a la que dedicó una devoción duradera y dependiente.

Además, su valentía responde a una peculiar concepción del deber, al que el hombre se somete, con ciega obediencia, para conquistar su libertad. A la pregunta que muchos se hacían después del accidente de Guillaumet en los Andes, en junio de 1930, de por qué arriesgar la vida por el correo, por entregar los sacos postales que los *Laté 26* transportaban de noche para ganarles la competencia a los barcos rápidos, Saint-Ex contestaba: "Los miserables sacos postales, henchidos de cartas, representan el ejemplo más tangible de la fraternidad humana." Saint-Ex se había hecho piloto como antes, en la nobleza a la que pertenecía, los caballeros partían a las Cruzadas para luchar por un ideal de humanidad, a cambio del cual la vida era digna de perderse. Saint-Ex creía en la frase que Guillaumet le dijo después de caminar varios días y noches ininterrumpidos por los Andes: "Lo que hice, ningún animal lo hubiera hecho": la esperanza es lo que distingue al hombre del animal y lo hace vencer montañas que ninguna fiera se atrevería a desafiar.

Poco antes de su partida a Buenos Aires, había publicado su primera novela: *Courrier-Sud* (abril de 1929), que André Gide recomendó a la editorial Gallimard. La había escrito entre Toulouse, Casablanca, Dakar y Cap-Juby, en las escalas de la compañía Latécoère, para la cual trabajaba como piloto desde 1926. En el verano de su encuentro con Consuelo, estaba terminado *Vol de nuit*, la novela que lo consagró en Francia y en el extranjero, y cuyo título, luego de su desaparición en 1944 y a modo de inaudito homenaje, recogería la casa Guerlain para bautizar uno de sus más famosos perfumes. "Es un libro sobre la noche —le escribe a su madre en 1930—. Nunca he vivido sino después de las nueve de la noche." André Gide, autor del prefacio, ve en el relato un eco del "oscuro sentimiento" de su Prometeo que lo hace decir: "No amo al hombre, amo lo que lo devora"; resume espléndidamente la singular lección de heroísmo de *Vol de nuit* en esta sentencia: "la felicidad del hombre no se halla en la libertad, sino en la aceptación de un deber". También cita el fragmento de una carta que Saint-Exupéry le había mandado en la época en que sobrevolaba Mauritania para asegurar el servicio Casablanca-Dakar. En ella, habla Saint-Exupéry de los peligros que significaba el transporte aéreo del correo: las desapariciones de los pilotos en el desierto habitado por etnias hostiles, las balas y las negociaciones para rescatar a los pilotos prisioneros, las descomposturas mecánicas y los riesgos de arrancar el avión después de un arreglo precario. Saint-Ex añade:

También allí entendí lo que siempre me había extrañado ¿por qué Platón (¿o Aristóteles?) ubica el valor en el último rango de las virtudes? Porque no está hecho de bellos sentimientos: un poco de rabia, un poco de vanidad, mucha terquedad y un placer deportivo vulgar. Sobre todo, la exaltación de la fuerza física que, sin embargo, no tiene mucho que ver en él. Uno cruza los brazos en la camisa abierta y respira hondo. Es más bien agradable. Y cuando sucede de noche, se añade el sentimiento de haber cometido una enorme tontería. Nunca más admiraré a un hombre que sólo fuera valiente.

En la vida cotidiana, cuando aparentemente posa los pies en la tierra, Saint-Ex es un hombre más bien aburrido, que lo desprecia prácticamente todo, incluyendo la alcurnia y los

bienes materiales, salvo la inteligencia humana que es, a su gusto y como lo confía a su madre, demasiado escasa. Se dice nietzscheano y marxista, a su manera tan laxa de descreer de todo partidismo político y literario. Las noches que no escribe, deambula por los centros nocturnos de Buenos Aires, con el malhumor y el desgano que le provocan las conversaciones triviales y la contemplación de las mujeres tan bellas como inaccesibles. Sus compañías más entrañables, además de sus amigos de trabajo, son una foca que trajo de Patagonia y un zorro que apaga las colillas de cigarro con su cuerpo.

Al construir tiránicamente el vacío alrededor de Consuelo, llena su propio vacío que lo atormenta desde tiempo atrás y que se agudiza en el período argentino: ser amado, casarse con la urgencia que le pide su nostalgia por lo desconocido. A pesar de ser mujeriego, hasta ahora, sólo una vez ha pedido a una mujer en matrimonio: Louise de Vilmorin, la futura esposa de André Malraux, también cortejada por Jean Cocteau, con quien Saint-Exupéry compartirá un amor más: Natalie Paley, la única mujer con quien Cocteau arriesgó su deseo de paternidad, pero cuyo fruto fue sacrificado en un sanatorio suizo, a causa del temor de la madre de ver nacer a ese hijo terrible.

Poco antes o después de su matrimonio con Consuelo, Saint-Ex escribe a su vieja amiga Rinette de Saussine una carta en la que parece explicarse sobre el sentido de su casamiento: "Quizá también me dejé fascinar por mi debilidad. No quiero saber si caí o no en una trampa, soy un Sansón que no se atreve a moverse, a romper el hilo, un Sansón maravillado de ser este paje preso en una trampa de pajarero." Añade Eric Deschodt: "El pajarero es un pájaro mosca y se llama Consuelo. Sansón que ya no tiene mucho pelo, se maravilla de que alguien se lo quiera cortar."

La vacilante en el asunto del matrimonio era, una vez más, Consuelo. Un movimiento revolucionario derrocó a Irigoyen antes de que concediera a Consuelo la pensión que había ido a reclamarle. Perdía las ventajas de una viudez, pero ganaba las tentaciones de un nuevo matrimonio. El trueque que le regalaba el destino no parecía tan desfavorable y, sin embargo, Consuelo titubeaba... o se hacía rogar.

Le tenía miedo —recapituló Consuelo, años después—. Mis amigos no habían dejado de aleccionarme sobre este personaje excéntrico y hasta me insinuaron que mi conducta empezaba a dar pie a murmuraciones en los medios decentes de Buenos Aires. Una joven viuda no debía comprometerse así con un desconocido, y lo mejor que me quedaba por hacer era regresar lo más pronto posible a París.

Lo hizo a principios de 1931, prometiendo una pronta respuesta. Saint-Ex la siguió dos meses después, acompañado por su madre que lo había visitado una corta temporada y por un puma que pensaba regalar a su hermana. En su maleta traía el manuscrito de *Vol de nuit*. Se reencontraron en Niza y se instalaron en El Mirador: Saint-Ex trabajaba en las últimas correcciones de su novela y Consuelo, en la decisión que había de tomar.

Curiosamente, una vez más, las circunstancias le ofrecieron a Bastoncillos como interlocutor con quien debatir los pro y los contra del matrimonio. Se vuelven a ver en

Paris, en febrero de 1931, días antes y después del suicidio de Antonine Rivas Mercado. "Mi novio es aviador, heroico, famoso; además, escritor de genio y conde", le sintetizó Consuelo. La noche del segundo encuentro, cuando Antonine descansaba en la helada morgue, Bastoncillos no pudo evitar una comparación entre los dos destinos: "No cabe duda que, como alma, es insignificante —pensó al abandonar el departamento de la rue Castellane—. Y sin embargo, la elige el Hado para obsequiarle en serie golpes de brillante fortuna. ¡Oh, vida incomprensible! ¡Oh, Esfinge!..."

Como Bastoncillos quizá fuera demasiado parco en el debate, Consuelo le ofreció a Saint-Exupéry la siguiente alternativa: "Si Maeterlinck lo acepta, me caso con usted." ¿Qué perseguía Consuelo con tal demora? Seguramente, afianzar el anzuelo como se jala y se deja correr el hilo de la caña antes de sacar un pez gordo, y tal vez, recibir de Maeterlinck, más que un consejo, una suerte de bendición que la liberase de la memoria de Gómez Carrillo. Además, Consuelo calculaba lo siguiente: "No debía yo, la viuda de un gran escritor mundialmente famoso y que había escrito más de cien libros, casarme con un autor desconocido que sólo había escrito un libro." La respuesta de Maeterlinck fue rotunda: "Estás loca si no te casas con este hombre; será el más grande escritor de Francia." El augurio dispuso la última reserva de Consuelo: si había de creerle a Maeterlinck, la fama la esperaba y, por lo pronto, la varita mágica del destino la hacía Condesa de Saint-Exupéry. Antes de viajar a Agay, en el sur de Francia, donde se realizó la boda, "el oso y el pájaro tropical", como Consuelo bautizara a la pareja que formaba con Saint-Ex, pasaron en Niza una anticipada luna de miel. "Fueron para mí —para nosotros dos, creo— los días más bellos y más locos de nuestra vida", aseguró Consuelo cuarenta años después.

En Agay vivía Gabrielle, la hermana de Antoine, y allí se reunió toda la familia Saint-Exupéry para recibir a los novios. Ningún miembro de la familia mostró su sorpresa

ante la futura esposa: Antoine era un hombre libre de convenciones y les pareció normal que se casase con una mujer ajena a su rancia aristocracia. Entre los Saint-Exupéry, la cortesía era una segunda piel que no dejaba transpirar ninguna manifestación de desagrado. Casualmente, André Gide también se encontraba en Agay y dejó una constancia más elocuente del encuentro con la pareja en su *Diario* de aquel año:

Gran placer volver a encontrarme con Saint-Ex en Agay, donde había ido a pasar unos días con P. De regreso a Francia desde hace apenas un mes, traje de Argentina un nuevo libro y una novia. Lei el primero, vi la segunda. Lo felicité mucho, pero sobre todo por el libro; le deseo que la novia sea igualmente satisfactoria.

La boda religiosa tuvo lugar el 12 de abril de 1931, en la capilla de Agay. Los hijos de Gabrielle: François, que llevaba un traje de marinerío blanco, Mima y Mireille con vestidos largos de organdí blanco y bonetes, formaron el cortejo que acompañó a la pareja contrastadamente enlutada. Consuelo llevaba un vestido largo de encaje negro, con una larga mantilla en la cabeza, que la hacía ver "muy castellana", como a Saint-Ex le gustaba. Para no desentonar, él estaba ceñido en un impecable traje oscuro, de saco corto, cruzado y de ancha solapa, a la usanza de los treintas y adornada con la cinta de la Legión de Honor que había recibido de la Aeronáutica civil, en abril de 1930. Para la foto de rigor, Consuelo pasó su mano por el brazo izquierdo de Saint-Ex, como si efectivamente fuera un pajarito posado en la rama de un respetable roble. Apenas le llegaba al hombro, aún con la ayuda de sus tacones altos, y su mirada, desviada de la cámara, se antoja una mezcla de sumisión, de fragilidad y de ternura. En cambio, Saint-Ex mira hacia el frente, con la serenidad de haber desposado, a un mismo tiempo, su felicidad y su deber. ✦

